

cia, porque los aliados estaban frente á la Barra. Me trasladé inmediatamente al alojamiento del General, quien me dijo que tenía noticia de la Barra, de la llegada de buques de guerra que habían disparado un cañonazo y arrojado algunos cohetes de luz, y que era preciso prepararnos para el amanecer.

Como la casa se hallaba llena de gente, y todo el mundo hablaba sin que nadie se entendiera, le manifesté al General que me parecía conveniente que suplicase á la reunión que pasase á las piezas interiores, y que él, con media docena de personas de reconocido juicio y que le merecieran mayor confianza, discutiera con calma lo que se debería hacer. El General convino, y escogiendo á los sujetos que creyó oportunos, entre los cuales nos hallábamos el General Chavero, el Cura Zertuche y yo, se instaló en la sala, donde manifestó las noticias que tenía, y pidió su parecer á los presentes, de lo que juzgaban oportuno que se hiciera, exponiendo á la vez los recursos de que se podía disponer. Estos consistían en el primer batallón de G. N. del Estado con 400 ó 500 hombres, el segundo batallón compuesto de vecinos del puerto, que se hallaba en receso por no haber recursos para sostenerlo, y dos baterías de artillería de batalla rayadas, con sus dotaciones y ganado correspondiente (1).

Tomó la palabra el General Chavero, y comenzó á disertar sobre la imposibilidad de que se presentase una escuadra en ademán hostil, sin previa declaración de guerra, (olvidaba lo que acababa de suceder en Veracruz) y que tampoco podía bloquear el puerto sin anunciarlo previamente á todas las naciones y señalar un plazo prudente para las embarcaciones que se hallasen en el mar. Todo esto lo apoyaba con doctrinas de Wattel, de Bentham, de Pufendorf etc., etc.; pero el tiempo corría, y aquel señor no tenía traza de dejar la palabra, con gran ansiedad mía, que tenía que arreglar lo concernien-

(1) Había alguna caballería pero se hallaba expedicionando.

te á mi arma, cualquiera que fuese la determinación del General.

Aprovechando un momento que el orador tomó para respirar, pedí permiso para hablar, y manifesté que todo lo expuesto por el Sr. General Chavero estaba muy bien dicho; pero que nos hallábamos delante de un hecho inexorable, y por lo tanto, que se debía aprovechar el tiempo para prepararnos, ya se resolviese defender la plaza ó evacuarla. Que con respecto á las citas que el Sr. Gral. Chavero hacía de los publicistas, podía persuadirse del ningún valor que tenían, en vista de lo sucedido en Veracruz.

Se aceptó desde luego mi proposición de discutir si se debería ó nó defender la plaza.

El Gral. Chavero se levantó y dijo al Gral. Tapia que con su permiso se retiraba, puesto que su consejo era despreciado y se permitía que le arrebatasen la palabra. El Gral. Tapia le contestó que no se retiraría; y que en cuanto á que yo le hubiese arrebatado la palabra, no era exacto, porque había pedido permiso, que él me dió, en atención á que era ya más de la media noche; que el tiempo urgía, y que yo necesitaba conocer de antemano la resolución que se tomara, para arreglar lo necesario.

El Gral. Chavero tomó asiento; y comenzó la discusión sobre lo que debería hacerse.

Se propuso la cuestión de si sería más conveniente defender la Barra, ó concretarnos á la ciudad, en caso de adoptar el partido de la defensa.

En el caso de defender la Barra se tropezaría con el inconveniente de que nuestra artillería de batalla, única que podíamos conducir á aquel punto, no podría sostenerse contra la poderosa que traería la escuadra; que no había fortificación ni preparativos de ninguna clase, y que el enemigo, mientras nos atacaba con parte de sus buques, podía efectuar un desembarco en la costa y dirigirse á Tampico, dejándonos cortados, á menos que sabiendo oportunamente el desembarco, nos retirásemos violentamente, en cuyo caso no se habría conseguido

otra cosa que perder el tiempo, fatigar á la tropa y demoralizarla; que el desembarco podría estar combinado con el forzamiento de la Barra por vapores de poco calado, que tomarían de enfilada nuestras baterías, y llegarían á Tampico antes que nosotros pudiésemos efectuarlo, sin que esto fuese dable impedirlo con baterías ya atacadas por la escuadra.

Si no se adoptaba la defensa de la Barra, el enemigo podía desembarcar en la boca del río, avanzando por la ribera protegido por los vapores; de suerte que no sería cosa fácil salir á detenerlo, porque seríamos atacados por el frente y por el flanco, por las tropas de tierra y los vapores.

Por último, se estudió si sería posible concretarnos á la defensa de la ciudad, con la esperanza de hacer, al menos, una defensa honrosa. Se observó que con el escaso número de hombres con que se contaba, aun cuando se llamase á las armas al 2.^o batallón del Estado, que se hallaba en receso, apenas podría cubrirse la línea de tierra, que en muchos lugares se hallaba en muy mal estado, y no podía defenderse más que con artillería de batalla y unos cuantos cañones de plaza que estaban en batería, para lo cual tendría que contarse con los matriculados, porque los artilleros no eran suficientes.

Con tales disposiciones podría tal vez la plaza sostenerse algunos días á pesar de los poderosos elementos que traería el enemigo; pero quedaba en pie el grande inconveniente de que no había modo de cubrir la extensa ribera del río, por donde sería batida la población, y podía desembarcar el enemigo sin ningún inconveniente, protegiendo los vapores esta operación.

Por las razones expuestas se creyó que la defensa de la ciudad no traería otro resultado que la pérdida de las tropas y del material de guerra, que debía conservarse para seguir la campaña con más fruto. Entonces se lamentó el tiempo que se había perdido lastimosamente, sin haber adelantado para ponernos en estado de defensa; aunque á decir verdad, por mucho que se hubiera trabajado, no se habría logrado gran cosa con los esca-

sos elementos y el plazo angustiado con que se contaba.

Tomadas en consideración todas las razones que llevo expuestas, y otras que no conservo en la memoria, se resolvió que la defensa de la ciudad traería por resultado la pérdida indefectible de la tropa y armamento, sin alcanzar otro objeto que dar al enemigo un triunfo fácil.

En consecuencia, se pensó que la plaza debería evacuarse á la vista del enemigo, quedando expeditas las tropas para hostilizar al invasor, aprovechándose del terreno fragoso que las inmediaciones de Tampico ofrecen, así como gran parte del Estado de Tamaulipas. Se dieron las órdenes al efecto, y se disolvió la reunión á las tres de la mañana, marchando cada uno á disponer lo necesario.

Al amanecer, la tropa estaba lista, la artillería enganchada, y cargadas todas las municiones que se podían levantar.

Al pasar frente á Casa Mata, me llamó el Capitán de artillería D. Manuel Solís, que se hallaba en la batería alta, provisto de un anteojo, y me dijo que no había ninguna escuadra en el mar, sino únicamente el paquete inglés, que sin duda se le antojó la noche anterior ponernos en alarma.

No queriendo dar crédito á lo que oía, entré al fortín, y subiendo á la batería, tomé el anteojo y me puse á recorrer todo el espacio de la costa que desde allí se descubre.

Por mucho que investigué, no pude hallar más que el paquete inglés meciéndose á una milla de la Barra.

Fuí en seguida á dar parte al General Tapia, quien en vista de nuevas investigaciones y de partes recibidos, dió orden de que todo volviese al estado en que la víspera se hallaba.

Pasada la alarma, se pensó que aquello que sólo había sido un error, podía convertirse en realidad, y por lo tanto, que debíamos estar apercebidos.

Persuadido el General que teniendo al enemigo, como quien dice, al frente, no podía pensarse en montar la artillería, proverla de municiones, juegos de más útiles pa-

ra su servicio, formar artilleros, reparar la fortificación y levantar las obras que faltaban, tanto más, cuanto que se carecía de recursos; era indispensable desartillar la plaza, porque de lo contrario, el día que la ocupase el enemigo, se perdería un gran material de guerra, que si bien en su mayor parte inútil, por incompleto, podría parcialmente aprovecharse y prestar buenos servicios, evitando que le sirviese al enemigo y este se vanagloriase, como no dejaría de hacerlo, de haber ocupado una plaza con más de cincuenta cañones; pero cuidándose muy bien de decir el estado en que se hallaban. He aquí los funestos resultados de que los Gobiernos no cuiden de tener listos y ordenados los elementos de guerra.

La primera disposición que tomó el General Tapia fué mandar al General Chavero á reconocer el punto llamado Boca del Abra, para que informase sobre la conveniencia de fortificarlo; pero entiendo que más que ese objeto, fué el de alejarlo, fastidiado como se hallaba, de los entorpecimientos que este Jefe ocasionaba.

Después llamó á las armas á todos los hombres útiles de la población para formar un batallón; mas como no era posible mantenerlo, cuando fué organizado, se mandó la gente á sus casas, donde debían estar prontos al llamado que se les hiciera.

En seguida empezó á tomar disposiciones para salvar el material de guerra. Pero antes de hablar del modo con que esto se verificó, será conveniente dar noticia de la marcha y desenlace que tuvo la conspiración que hacía días venía tramándose y que antes indiqué.

Además de los pretextos que aducían los descontentos, había la circunstancia de que los Oficiales del primer batallón del Estado estaban disgustados del Teniente Coronel D. Juan Espinosa Gorostiza, que había puesto el General Tapia, y cuyo Jefe tenía la idea de que para mandar era necesario manifestarse siempre adusto é irascible, lo que cuadraba bien á su natural carácter, pero que lastimaba á aquellos hombres que estaban acostumbrados al amistoso trato del Coronel D. Rafael Garza, y además hería sus sentimientos de provincialismo.

Un Oficial que estaba al tanto de lo que se tramaba lo noticiaba al General. Así es que este señor no ignoraba nada. Una noche llegó á decir que había en Casa Mata una reunión de Oficiales de artillería. En el acto el General se dirigió á aquel fuerte haciendo que yo lo acompañase. Al llegar allí hizo que arrojasen la escala, y penetramos al recinto. Subimos al pabellón de los Oficiales, y en efecto, hallamos reunidos á la mayor parte de los Oficiales de artillería, cosa bien extraña á una hora inusitada en que no tenían servicio, y cuando aquellos señores eran tan poco afectos á estar en el cuartel.

El General les extrañó su conducta, intimándoles que en el acto marcharan á sus alojamientos. Ellos procuraron disculparse, pero obedecieron.

Noches después volvió el mismo Oficial á noticiar al General que aquella noche tendría lugar el pronunciamiento: que muchos Oficiales estaban en el *rebumbio*, de donde saldrían á una hora dada para ponerse á la cabeza de las tropas.

Inmediatamente se dirigió el General, acompañado solamente de mí, al cuartel del primer batallón. Hizo formar la guardia, preguntó por los Oficiales que se hallaban en el cuartel, y mandó que el batallón tomase las armas.

A mí me ordenó que marchase violentamente á Casa Mata y formase la fuerza que allí había, fuera del fortín, sin que quedase un solo hombre dentro. Así lo efectué, formando la tropa en batalla, detrás de una batería de maniobra que se quedaba en la explanada, para el ejercicio, por no caber dentro del fortín. Pasado un rato, llegó el Teniente Pezo con la compañía de obreros armada, y formó martillo con la artillería. En seguida apareció por la calle de Altamira el primer batallón con el General Tapia á la cabeza, y llegando completó el cuadro, quedando en el centro la batería.

Aquel movimiento de tropas alarmó naturalmente á la población, y pronto lo supieron los Oficiales que estaban en el *rebumbio*, quienes suponiendo tal vez, que le

movimiento se había anticipado, llegaban corriendo por todas direcciones.

El General los hizo entrar al cuadro, pero no permitió que se pusiesen á la cabeza de las tropas, y subido en un armón, les manifestó que conocía sus proyectos, que les afeó, reprochándoles que cuando la Patria se hallaba en peligro, invadido su suelo por tropas extranjeras, pensarán ellos en aumentar sus males con un acto de indisciplina que podía calificarse de traición.

Después de una larga y enérgica peroración, hizo entrar en las filas algunos Oficiales que creía inocentes, y á los culpables les ordenó que marcharan á sus alojamientos, donde deberían permanecer hasta el día siguiente á las siete de la mañana, hora en que se presentarían á recibir órdenes en la Comandancia Militar.

Después mandó que los cuerpos volviesen á sus cuarteles, y á mi me ordenó que permaneciera en Casa Mata toda la noche, quedando también el Capitán Don José G Ceballos.

Permanecí, pues, sin sentarme siquiera, en la explanada del fortín, hasta que amaneció, pues creí fácil que pasados los momentos de sorpresa, los Oficiales volviesen á intentar un golpe de mano, contando para ello con la simpatía de la tropa, por ser de la localidad.

Al día siguiente ocurrieron los citados á la Comandancia, y el General Tapia les mandó dar una paga y su pasaporte, para que se presentasen en México al Ministro de la Guerra. Con esto quedó tranquilo Tampico, y el General pudo dedicarse al desarme de la plaza.

En los primeros momentos de entusiasmo, que él supo aprovechar, los cargadores y los canoeros que habían de conducir la artillería, se prestaron á trabajar con muy corto estipendio, y así pudo efectuarse la traslación del material de guerra.

Se dispuso que la artillería de plaza y costa se ocultara en distintos puntos de las márgenes del Pánuco, con las cureñas que había y las municiones, tanto para libertarlas del enemigo, como para que pudieran utilizarse en el caso de que las circunstancias de la guerra

permitiesen tomar la iniciativa ó artillar algún punto importante.

También se mandaron algunos cajones de municiones para infantería con el mismo objeto, y el resto del material de guerra se envió por tierra para Altamira y el Chocoy, como puntos de escala, mientras se resolvía el lugar conveniente para establecer los almacenes y la maestranza.

Los puntos del río en donde se ocultó la artillería fueron los siguientes:

En Pánuco.....	5 piezas.
En Tampacas.....	2 „
En el Alcón.....	12 „
En Tomalocuco.....	3 „
En Tanjuco.....	21 „
En Chijoles.....	8 „
—	
Total.....	51 piezas.

Con las piezas de batalla se formaron dos baterías rayadas con sus carros y dotaciones de artilleros, ganado y municiones. Otras piezas de bronce lisas de batalla y montaña, se internaron en Tamaulipas con el parque general.

Con el corto personal de artilleros que se hallaba franco, ayudado por los matriculados y con una cabria vieja y un trinquibal en no buen estado, trabajando bajo un sol abrasador, la faena del desarme de la plaza fué penosa; pero en quince días no quedaba ya en ella más artillería que las baterías atalajadas y las municiones necesarias para su servicio y para la infantería.

En dieciseis de Enero de 1862 llegó de Veracruz la barca italiana "Fortuna y Constanza," conduciendo ocho cañones de plaza y costa, con sus cureñas, balas y otros pertrechos, que el General Tapia ordenó fuesen conducidos á Pánuco, remolcada la barca por un vapor.

Este refuerzo, que hubiera sido muy útil si en tiempo oportuno se hubiese preparado la defensa de Tampico, llegó desgraciadamente cuando no se podía utilizar.

Yo, desde el día trece, había salido por orden del General para el interior del Estado, con el objeto de reunir en la hacienda del Chocoy todo el material sacado de Tampico, y buscar un lugar á propósito para establecer definitivamente los almacenes y maestranza.

Hasta el diecisiete de Enero se habían reunido en el Chocoy setecientos noventa bultos, y ese mismo día se esperaban setenta mulas cargadas, procedentes de Altamira, donde aún quedaba gran cantidad.

Se ve, pues, que la plaza contenía un material considerable; pero que desgraciadamente, en muchos años de abandono, no se había clasificado. Había mucho inútil ó de grave reparación, y las dotaciones se hallaban incompletas ó no existían.

Es verdad que desde nuestra llegada se comenzó á ordenar y clasificar el parque; pero los acontecimientos no dieron lugar, pues se dispuso el desarme de la plaza, y fué necesario remitir la mayor parte de los bultos sin reconocerlos.

El borrador del inventario que mandé formar, y que se halla entre los papeles relativos á esta época, podrá dar una idea del desorden y confusión que reinaba.

Cuando llegué al Chocoy, mi primer cuidado fué dirigirme á D. Jesús de la Serna, que era uno de los Gobernadores beligerantes de Tamaulipas, al General D. Martín Zayas, que mandaba sus fuerzas, y al Coronel Fernández García, manifestándoles la necesidad que había de desartillar la plaza de Tampico, la conveniencia de conservar el material de guerra, que debía servir para la defensa del Estado, y les suplicaba no pusieran obstáculos á mis trabajos, sino que me ayudaran con los elementos que pudieran para mover el material, ordenando á sus tropas que no cometieran actos de hostilidad con los convoyes ni con las partidas que yo mandase para procurarme medios de transporte; asegurándoles que llevaba instrucciones del señor General Tapia para permanecer absolutamente neutral en la cuestión que se agitaba en el Estado.

Los señores Serna, Zayas y Fernández García, así como el Coronel D. Agustín Barragán, me escribieron satisfactoriamente, asegurándome su cooperación en todo lo que les fuese posible.

De todo dí cuenta al General Tapia, adjuntándole copias de las cartas que había dirigido á los señores citados, cuyo contenido se sirvió aprobar.

Estos documentos y otros pertenecientes al período que describo, se hallan en un legajo que tiene el mismo título que este cuaderno.

Mis trabajos en el Chocoy sufrieron algunas contrariedades á consecuencia de la mala disposición del dueño de la hacienda, Don Ramón Prieto. Pocos días permanecí allí; y después marché á la hacienda de Alamitos, propiedad de Don Jesús de la Serna, de donde escribí al General Tapia lo que creí oportuno, y recibí orden del General para regresar á Tampico.

Tan luego como llegué, dispuso el General que me embarcase inmediatamente para Pánuco, con objeto de inspeccionar lo que se había hecho allí.

Pronto volví á Tampico, muy satisfecho de que la plaza estaba perfectamente desarmada, y salvado el material, que ofrecería recursos considerables á los defensores de la independencia, si se sabía aprovechar.

Como se ve, el General Tapia desarrollaba un plan que más adelante podía haber contribuido á organizar la resistencia en ambas márgenes del Pánuco y del Tamesí, que acaso no hubieran podido vencer los invasores, y que tendría á Tampico en constante alarma.

Pienso que hubiera sido acertado por parte del Gobierno haber dejado á aquel patriota como Jefe militar de aquella comarca.

Con el objeto de poner término á los disturbios de Tamaulipas, fué nombrado por el Gobierno D. Santiago Vidaurri, Gobernador y Comandante Militar del Estado, y aquel señor, por delegación, nombró al General D. Ignacio Comonfort, que acababa de llegar á la República, después de algunos años de ausencia.

Esto fué causa para que el General Tapia renunciase el mando que tenía, y habiéndole admitido la renuncia, se le ordenó entregar el Distrito del Sur al Jefe que le tocase por antigüedad. Habiendo resultado yo el más antiguo, entré en el ejercicio de mis funciones, cosa que la población no recibió mal.

Al dejar el mando el General Tapia, la situación era la siguiente:

La escasez de dinero era absoluta; las cajas de la Jefatura de Hacienda estaban vacías, y las entradas de la Aduana eran insignificantes. Una conducta de San Luis, que estaba próxima á llegar, ya había pagado allí sus derechos, y no era posible ni político imponer un préstamo al comercio.

El enemigo, que ocupaba á Veracruz, podía llegar de un momento á otro. Algunos Jefes del partido reaccionario, de los que habían servido en Tampico en la época de D. Rafael Moreno y de D. Tomás Mejía, comenzaban á llegar con pretexto de ver á sus familias, y á consecuencia de la amnistía; y D. Isidro Díaz, Ex-Ministro de Miramón, llegó también con pasaporte del Gobierno para embarcarse en el paquete inglés.

En cuanto tomé el mando, mi primer cuidado fué arreglar las cosas, de manera que sin carreras ni confusión, la guarnición pudiese evacuar la ciudad, una hora después de avistarse la escuadra.

La artillería tenía listas sus baterías, y el ganado de tiro no salía para nada del cuartel, con objeto de enganchar á la primera señal.

La infantería estaba acuartelada, y tenía las acémilas necesarias para cargar las municiones, ranchos y equipajes de Oficiales.

En la plaza de arrieros hateaban los atajos destinados á la conducción del parque, que deberían comenzar á cargar en el momento que se les señalara. La sección Médica, la Pagaduría y la compañía de obreros, tenían todo listo para moverse á primera orden.

Finalmente, se previno que al toque de generala to-

dos se preparasen, permaneciendo en sus puntos á esperar órdenes.

Por esta parte estaba yo perfectamente tranquilo, y tenía la confianza de que llegado el momento, todo se ejecutaría en el mejor orden.

Para que el enemigo no se aprovechase de nuestra fortificación, para poder hostilizarlo fácilmente, y en último caso, que gastase trabajo, hombres y dinero, si quería cubrir la plaza, ordené la destrucción de las obras, comenzando por el fortín avanzado de la Cuarentena, cuya operación fué encomendada al Teniente Coronel de Ingenieros Rosainski.

Pero mi aflicción era grande; porque no había con que socorrer á la tropa, pues aunque había llegado una barca á la Boca de la Barra, los comerciantes no querían descargarla si no se les hacía un rebajo de derechos de un 50 ó un 60 p. 8, como estaban acostumbrados. Como yo creía este proceder oneroso, y no me consideraba con facultades para hacer semejante negocio, me negué absolutamente. Sin embargo, conseguí del comercio un pequeño préstamo *amistoso* de cinco mil pesos, con lo que pude por unos pocos de días socorrer la guarnición.

El Ex-Ministro Díaz, con varios pretextos había aplazado su embarque, y los Jefes reaccionarios conspiraban con él, ó á su nombre. Por su parte, los liberales exaltados veían muy mal la permanencia en Tampico, del Ex-Ministro, y no escaseaban las amenazas contra él.

Todo el día recibía yo denuncias de que se iba á trastornar el orden, pero sin precisar hechos ni personas. Las mujeres de la tropa llevaban noticias alarmantes á los cuarteles, y los chismes no cesaban ni de día ni de noche.

Don Diego Flores, comerciante, reconocido por liberal, Coronel del 2.^o Batallón de Guardia Nacional que estaba en receso, y Jefe de la policía, era uno de los que me anunciaban á cada momento que iba á estallar un pronunciamiento.